



Azorín

En Toledo **Santo y seña**

Comían juntos en un bodegón de Toledo tres pobres hombres; vestían trajes raídos y con chafallos; la negrura primitiva del paño había desaparecido y resaltaban, negros, los remiendos. Traían los tres los bigotes lacios y la barba sin rasurar de quince días. Hablaban lentamente y en tono triste. En la mesa tenían: tres escudillas de alubias con tocino, tres bodigos, tres cucharas de boj, un frasco de morapio y una taza de Talavera para beber. Contábanse los tres comensales sus desventuras; uno de los cuitados habló de esta manera:

-He vivido en un palacio; ocupaba un aposento a la parte trasera, en el último piso, con ventana al campo. No tenía yo que hacer gran cosa; mi vida era sencilla. Cuidaba yo del hijo de unos grandes señores, los moradores del palacio; este niño tenía otros maestros y ayos; pero yo estaba encargado de una incumbencia especial. El niño era de la piel del diablo, como suele decirse; pero no he conocido más clara inteligencia que la suya. Todo esto no es raro; lo raro, lo que viene después. El muchacho, en su atolondramiento, tenía la costumbre de subir y bajar las escaleras saltando los peldaños de tres en tres. Cuando yo entré en la casa, ya se había descalabrado dos veces. La ocupación que yo tenía en el palacio consistía en llevar al niño cogido de la mano siempre que subiese o bajase las escaleras. No era enojosa la ocupación, ni me llevaba mucho tiempo. El muchacho estaba algunas horas recluido en su cuarto con sus preceptores, y cuando salía, lo llevaban a dar largos paseos por el campo. Cuando todo me

sonreía en la vida, un día el dichoso niño se soltó de mi mano en la escalera y comenzó a saltar de tres en tres los escalones. De pronto, resbaló y se torció un pie; un algebrista concertó en un instante los huesos desencajados; pero a mí me echaron de la casa por causa del descuido.

Hubo un largo silencio; el segundo desventurado dijo:

-He sido bodeguero en Ocaña; mismamente no he sido bodeguero; ni he tenido viñas ni he tenido bodegas. Lo que voy a decir es muy raro. En una bodega de Ocaña estaba yo encargado de abrir y cerrar las espitas de los toneles.

El compañero que ha hablado antes se perdió por un hijo, el hijo de unos grandes señores; yo me perdí por una madre. Comprenderéis que no hay nada más raro. La bodega era toda de vinos de pasto, de uno o dos años; pero en un viejo tonel de roble teníamos una madre centenaria; cuando se sacaba una cántara de vino, se añadía otra de vino nuevo. Se sacaba siempre el vino con la catadera, y se vertía la catadera en un bernegal. Aquel vino de más de un siglo era un licor precioso; sólo de año en año se extraía una arroba del tonel. Pero un día, no sé por qué, en vez de sacar el vino por arriba, quisieron sacarlo por la espita. Allí estaba yo en mi puesto; lo malo fue que como me llamaran en aquel momento desde lejos a voces, olvidé de cerrar la canilla, y se derramó en el suelo cosa de media cántara, o sea media arroba, cuatro azumbres. El disgusto del bodeguero fue tan tremendo, que en el acto me despidieron.

Ha habido otra pausa. Junto a los tres desvalidos ha pasado, sin que ellos lo advirtieran, un hombre vigoroso, que se ha dirigido al bodeguero, y señalándoles, le ha dicho en voz baja: «¡Ten cuidado! Los tres han estado en el Nuncio; los tres son locos, y es mentira todo lo que cuentan». Quien hablaba así era un loquero del famoso hospital de locos de Toledo, llamado el Nuncio. Faltaba el relato del tercer comensal, el cual se expresó de este modo:

-Lo que vais a oír es mucho más raro que lo que habéis contado. Algo más trabajo que vosotros tenía yo; era yo leonero; estaba encargado de cuidar los leones de una colección de fieras. Tuve que llevar una vez a Madrid un león y una leona; al pasar por la Mancha, me salió al camino un caballero armado; se puso delante del carro en que iban las jaulas, y me intimó a grandes voces a que diera suelta al león. ¿Verdad que esto sí que es raro? Pues lo más raro es lo que viene ahora: el caballero quería que soltara yo al león para luchar con él y vencerle. En vano traté yo de disuadirle; en vano también el criado que iba con él y otro hidalgo que se encontraba allí; a mí se me erizaban los cabellos. Insistió tanto, voceó tanto, amenazó tanto el caballero armado, que, al fin, después que el carretero y los dos hombres se hubieron alejado, abrí la puerta de la jaula. El caballero estaba a pie, con la espada en la mano, esperando que saltara el león. El león se asomó un momento, se desperezó y volvió al fondo de la jaula. Instaba el caballero para que yo hostigase al león; pero yo dije que el valor estaba ya demostrado y la hazaña concluida. Cuando llegué a Madrid, conté el caso y nadie quiso creerlo; supusieron todos que yo había perdido la razón y que desvariaba; quedé sin mi empleo. Una persona caritativa, creyendo hacerme un bien, me trajo al hospital de locos de Toledo; no supe yo adónde me traían hasta que me vi en el hospital; en el hospital he estado seis meses; como veían que razonaba bien y que no

cometía desafueros, me pusieron en la calle. Estar en el hospital con los locos o en la calle con los cuerdos...

Se interrumpió para beber una tragantada; se limpió los labios con el reverso de la mano, y añadió:

-Estar con los locos o con los cuerdos, lo mismo da.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

